

## La Desesperación del Rey Enrique VIII

Por C. J. Maloney

*Por más de mil años el arte de la alquimia cautivó a muchos espíritus nobles y millones creían en ese arte.*

~ De *Extraordinarios Errores Populares y la Locura de las Masas*

El Rey Enrique VIII de Inglaterra (1491 – 1547) murió hace 463 años este mes pero aún se merece nuestra atención, pues incluso la antigüedad puede sonarle familiar a un oído moderno – no más así que con el Rey Enrique. Ascendió al trono en 1509 a la tierna edad de 17 años y fue, comparado con sus contemporáneos, un tirano más bien progresista pues aunque ordenó la muerte de mucha gente inocente que no había cometido ningún crimen excepto el de suscitar su ira, jamás “quitó una vida con sus propias manos,” (Bowle, 15) de modo que eso es algo a su favor. Sin embargo, en muchos aspectos importantes él era exactamente similar a sus contemporáneos que también eran gobernantes (tanto entonces como ahora) como se muestra por su insaciable deseo de impuestos a los ingresos y sus numerosas intervenciones en la actividad económica de sus súbditos.

Esto último comprometió severamente su habilidad para saciar lo primero, tanto así que en un punto, el Rey Enrique, a pesar de tener una mente formidable, se vio reducido a búsquedas infructuosas de emplear a un alquimista para traerlo a la corte. (Uno de los más prominentes alquimistas que trató de reclutar fue al famoso Cornelius Agrippa, quien tenía la reputación de “convertir el hierro en oro con sólo su palabra.”) (Mackay, 127) La alquimia, ahora mayormente olvidada, era la “ciencia” de convertir el vil metal en oro.

La búsqueda de un alquimista por parte del Rey es algo que puede hacernos estallar de risa. Pero era, como lo somos todos, una víctima de sus tiempos, y su creencia tan ampliamente exhibida en los alquimistas, o al menos su amplio deseo de creer en las promesas de los alquimistas, producen el mismo resultado. Estuvo, como cualquier buen rey esperando su turno de gobernar, rodeado desde su nacimiento por una letanía de tutores; uno de los cuales fue Giles d’Ewes, el gramático y alquimista francés. (Bowle, 30)

El Rey Enrique era “gigante de complexión y descomunal en su apetito,” (Bowle, 19) con un hambre especial por el norte de Francia, y los costos de sus interminables guerras “condujeron a un sistema de cargas impositivas que tornaron al gobierno en algo impopular” (Bowle, 116) pero *no* el Rey en sí, no se vaya usted a confundir, pues era demasiado astuto en lo político para eso. Al Cardenal Wosley, su hombre de confianza, se le asignó el trabajo de ser la cara pública de las políticas fiscales rapaces de Enrique. Para crédito de Wosley debemos decir que jugó muy bien su parte, y cada vez que los

mercaderes que eran blanco de las políticas fiscales trataban de evitar las repetidas “peticiones” de ingresos por parte del Rey, Wosley estaría ahí para replicar que “era mejor que algunos sufrieran la indigencia a que el Rey tuviera carencias.” (Bowle, 126)

Tan temprano como el año 1523 los impuestos eran una parte onerosa de la vida inglesa, y “los tentáculos del poder fiscal ya se habían apoderado de la tierra.” (Bowle, 117*n*) A lo largo de su reinado, se escuchaban de manera continua incontables quejas con respecto a los impuestos, los precios elevados y la alta tasa de desempleo. (Bowle, 176, 209) Se ha dicho con frecuencia que el Rey Enrique separó a la iglesia de Inglaterra de Roma debido a su deseo de liberarse de su primera esposa, Catarina de Aragón. Sin embargo, lo más probable es que fuese la bancarrota de la corona Británica y la desesperación de Enrique por más ingresos lo que lo llevó a atacar a la iglesia romana y a confiscar una gran parte de su riqueza.

Como parte de los interminables problemas fiscales de Enrique, comenzó temprano en su reinado a inflar la moneda – un proceso difícil cuando tu dinero está en forma de monedas de oro, pues a pesar de la afirmación de los alquimistas (y de muchos deseos de más de un gobernante) el oro es imposible de falsificar. Enrique recurrió continuamente a la táctica honrada por el tiempo de “esquilar la moneda,” haciendo que las monedas que estaban estampadas con su sello tuviesen un poco menos de oro y un poco más de metal vil y “después de 1525, la inflación sería había comenzado; iba a continuar el resto de (su) reinado.” (Bowle, 184) Para 1544 estaba tambaleándose, como era su hábito, al borde de la bancarrota, y el interés cargado a la corona por causa de los préstamos se elevó de un 12% en junio a un 16% para setiembre de ese año. Para esa fecha tardía, Enrique estaba reducido a ofrecerle a cualquier interesado el plomo que había ordenado saquear de los monasterios ingleses. (Bowle, 269)

Hacia los últimos años de su reinado los banqueros en Antwerp (en ese tiempo el Wall Street del mundo Occidental) se rehusaron a aceptar un convenio de pago de las deudas en moneda inglesa, dada la cantidad mínima de oro en ellas. Aún peor, había “menos dinero en la Tesorería del que se había pensado.” (Bowle, 281) Lo único que salvaba a la economía inglesa era una burocracia de la realeza notoriamente ineficiente, que nunca fue capaz de “interferir tanto como quería” en el sector productivo de la economía. (Bowle, 269) Aunque los pobres sufrieron cruelmente bajo la intervención del Rey Enrique con la moneda y la economía, Inglaterra siguió viviendo y pronto se levantaría a una gloria mayor de la que podría haberse imaginado siquiera.

A pesar de su formidable educación y gran reputación histórica, las desastrosas intervenciones en la economía, la deshonestidad de por vida con la moneda a su cargo, y más que todo, sus irrisorios intentos por traer a un hechicero a su corte para conjurar el oro, distinguen al gran Rey Enrique VIII como un tonto. Sin embargo, no hay razón alguna, queda advertido, para que nadie se sienta superior al Rey; lo único que uno

necesita hacer es tomar un periódico para ver que aunque la alquimia sea una ciencia muerta, simplemente ha tomado nuevas formas.

Esto siempre ha sido así y siempre lo será, pues su inmortalidad es propulsada por el deseo económico y más peligroso del hombre, un deseo que anhela muchísimo, aquel que nos impulsará a interminables estupideces y a la destrucción repetida – el deseo ardiente de creer que puedes obtener algo a cambio de nada. Su apego a esa creencia hizo del Rey Enrique VIII un hombre de sus tiempos – y de los nuestros.

### **Fuentes Citadas**

Bowle, John, *Enrique VIII* (Little, Brown & Co. Boston, MA, 1964)

Mackay, Charles. *Extraordinary Popular Delusions and the Madness of Crowds*. (Barnes & Noble Books, New York, 2004)

*14 de enero, 2011*

*C.J. Maloney vive y trabaja en la ciudad de Nueva York. Administra un blog para el sitio web Liberty & Power on the History News Network y para el DailyKos. Su primer libro Back to the Land (Arthurdale, FDR's New Deal, and the Costs of Economic Planning) está por ser publicado por John Wiley e Hijos en marzo de 2011.*

Este artículo fue originalmente publicado en inglés y está disponible en la siguiente dirección: <http://www.lewrockwell.com/maloney/maloney28.1.html>

Traducción de Donald Herrera Terán, para <http://www.contra-mundum.org>